

Olvido Réquiem

G. Agatón



Capítulo 1

A modo de principio

Ese mundo se acabó entre gritos lastimeros.

El bando ganador lloraba por el precio a pagar.

Fue incapaz de sentirse satisfecho por aquel sonido de derrota por parte de los vencedores. Akid solo podía pensar en la caja que sostenía.

Cruzaron el campo de batalla en silencio, sin importarles aquel caos.

Tampoco ella parecía contenta con el desenlace. Le cortó ambos brazos como si se tratase de dos sables. De doble filo. Curvadas e irregulares, como los dientes mal formados. Tan feas como temibles.

Los brazos cortados hasta el hueso. Los músculos desgarrados hasta la altura del codo. Su sangre derramada; ahora tan ajena. Para luego curarse y ser de nuevo mutilado, una y otra vez. El dolor era incomparable.

Se aferró a la caja con más fuerza.

Akid dejó un rastro de sangre como muchos otros en ese día. Alguien susurró que en unos minutos se desangraría si continuaba sosteniéndola ¿Se lo decía Mordad? todas las voces de alrededor parecían imitarse las unas a las otras, con el mismo tono de horror aprisionado en las gargantas.

Mordad comentó algo más pero él solo tenía oídos para el sonido metálico que provenía de la caja.

Sus huesos entonaban una canción calmada. De cuna. Al compás de las últimas olas de aquellos mares llenos de poder y magia que presenciarían los suyos.

No parecía molestarle que la hubieran encerrado en aquel lugar para esa injusta eternidad. No parecía importarle que estuviese ahí sola, abandonada por todos. Akid se le desfiguró la cara por la ira. Eso nunca cambiaría.

Al final, Mordad se la arrebató. Él tambaleó, para luego caer, hundiéndose

en la arena removida. Una exhalación de puro dolor.

Mordad colocó la caja de inmediato en la arena con el ceño fruncido, al ser también cortado. Sus heridas se cerraron al instante. Solo rasguños.

Akid con la mirada perdida vio como el mar emitía su último rugido y los marzúl intentaban hacer cualquier cosa para reanimarlo. Reanimar algo más antiguo que el propio mar.

Le tembló la mandíbula. Era incapaz de reconocer los cadáveres de a su alrededor. No sabía cuáles habían sido aliados o enemigos. Los colores de sus uniformes. Tela sucia, desgarrada, devorada.

Y sus rostros... su identidad había sido arrancada.

Su amigo, su único amigo que quedaba con vida, sostuvo sus brazos para inspeccionar las heridas que le quedaron. No tenía fuerzas para protestar. Si las tuviera, le diría que lo dejara. Le gritaría que quería tener esas heridas abiertas, para castigarse. De lo que le quedaba de vida.

Adora Alvida. Apareció de la nada en medio del caos. Los que podían apartarse lo hacían sin dudar. Saludó con un cabeceo uno por uno a los hombres tirados en la arena a su paso, incluso a los muertos.

Portaba un parasol rojo para protegerse del tenue sol. Akid supuso que lo eligió para combinar con el escenario. A diferencia de otras veces que la había visto, esta vez, utilizó pantalones y una sencilla camisa holgada blanca. Como una burda imitación de la vestimenta de los piratas. Desechando sus habituales vestidos estrambóticos.

Mordad al reunir el valor, fue a su encuentro. Con explicaciones escuetas, le narró las últimas horas de ese mundo. Ella abrió la boca formando una pequeña "o" aunque lo que menos sentía era asombro.

Cerró el parasol tras la explicación y los cabellos dorados danzaron por su cara. Tenía cintas negras trenzadas en algunos mechones.

Un espectador ajeno a ellos solo vería alguien que no cuadraba con ese paisaje de dolor y sangre.

Adora Alvida dirigió sus ojos marrones hacia el rostro de Akid con una sonrisa reprimida en sus labios. Sintió como su rostro se crispó en contra de su voluntad, ¿Cuántas personas se alegraban de su muerte? Muchas. Desde el principio habían esperado aquel codiciado desenlace.

—Así que los rumores eran ciertos —dijo nada más llegar a su lado. Hundió el parasol en la arena como si la apuñalara desviando sus ojos a la garganta de Akid. Cogió la caja sin que él pudiera impedirselo y empezó a

sacudirla —. Muerta. Igual que la otra —observó a Mordad —¿Quién murió primero? —silencio —. Vaya, eso si que es un fracaso.

Mordad se mantuvo inexpresivo. Fue el único que pudo presenciar los últimos momentos de la pelea entre la estrenada líder Terracostas y la Doncella del Mar. Eran tan violentas que nadie podía aguantar el poder que desprendían sus respectivas armas. Sólo él. Los bandos se conformaron en apoyarlas desde un parámetro seguro alrededor de las fronteras de la contienda.

La mandíbula de Akid crujió con resentimiento. Algún día tendría que explicarle como no hizo nada para detenerlas. Aunque sabía que cualquier excusa ya no servía.

Alvida en señal de paz, la dejó donde estaba. Sus brazos no recibieron el menor daño al sostenerla. Juntó las manos como si fuera una sacerdotisa. Fingiendo que eliminaba el ambiente de la pestilencia de la muerte.

—Calma, querido. Aunque no me creas, su manera de morir no satisface —pestañeó —. Todos estos años deseando acabar con ella con mis propias manos y lo hace otra ¿No entiendes lo difícil que es también para mí?

Mordad se puso entre los dos y la acción le costó que lo hirieran. Akid chasqueó la lengua al notar la sangre helada entre sus dedos. Realmente no le importó. Mordad no sentía dolor físico. En cambio, Alvida se puso nerviosa. Su rostro que siempre estaba deformado por la maldad dejó pasar algo entre las fisuras. Una súplica de perdón.

Akid pensó si había alguien lo bastante estúpido para creerse que Alvida se arrepintiera de algo alguna vez.

Mordad se sentó en la orilla del mar e ignoró sus disculpas.

Las heridas del pecho que le provocó Alvida tardaron en sanarse y la sangre manchó la arena blanca. La gabardina negra asimétrica le quedó un agujero a la altura del pecho. Al estar hecho de un tejido parecido al de las sombras, le bastó unos segundos para que volviera aparecer como nueva.

La "tela" continuó moviéndose tras ser restaurada chasqueando con sus múltiples lenguas negras en dirección de Alvida y Akid, amenazándoles por si se atrevían al hacerle algo otra vez a Mordad. La venda neegra; que utilizaba para cubrirse los ojos tenía algunas gotas de su sangre.

Akid se fijó que en muchos puntos de la playa la arena se había teñido de rojo escarlata. Lo demás era una escala de colores que iban de marrón hasta un rosado diluido. A lo lejos, los restos de los barcos piratas en llamas servían de iluminación para una oscuridad que no tardaría en

llegar.

¿Qué contarían de la Guerra Impuesta? Los marzul contarían como ganó la justicia; pero, ¿Confesarían cómo fueron en realidad los hechos? ¿Dirían la intención tras esa victoria? No, nunca sucedería y Akid ya no pudo importarle menos.

No servía frustrarse por las mentiras descuidadas. Eso ya no importaba en ese presente con sabor a salado. Siempre ocurría cuando los ganadores se quedaban con la mejor parte. El premio de la versión de los hechos y la que sería recordada para la posterioridad.

Imitaron a Mordad y se sentaron en la arena húmeda de tantas lágrimas y sangre. Akid lo hizo dando la espalda a esa agua moribunda.

Alvida cogió la mano de Mordad y la acarició, distraída.

A pesar de ser el campo de batalla y de los horrores que había presenciado, la playa seguía siendo hermosa. De azul turquesa con estelas más oscuras desordenadas a los lejos, pareciendo mechones sueltos de color zafiro, como el cabello de la Doncella. Y los restos llameantes de los barcos la convertían en una belleza trágica. Incluso el sol todavía podía arrancar algunos destellos de luz de esa agua.

Alvida vio a lo lejos, algunos delfines rezagados que intentaban escapar de lo que venía. Se preguntó cuántos animales marinos morirían y cuantas especies desaparecerían para siempre sin la protección de Doncella y de su padre.

—¿Cómo lograste encerrarla? Se comenta que las Avahari son cajas decorativas bastante frágiles. A no ser...que Jefa la hiciera personalmente con esos sellos suyos tan espectaculares.

—Será la tuya. Yo he presentado mi dimisión oficial.

—Oh, querido ¿todavía no se te ha pasado la rabieta?

Akid no sabía por qué llamaban así a esa caja común en los funerales terracostas. Solo era de hierro y era bastante tosca. Se notaba que estaba hecha a toda prisa. Con los bordes sin pulir, descuidada y cubierta de una capa de suciedad pegajosa. Rezumaba fealdad. Era indigna para ella pero Mordad no le quiso escuchar cuando le suplicó una estancia mejor para sus huesos.

Akid se imaginó perfectamente lo que se merecía. Cressé perlado y los bordes ornamentales del metal brocado. En cada cara se tallaría símbolos de la familia Saver como las nueve lunas del Salver y las tres armas de filo oficiales de la familia. El mango para portarla serían cordeles

trenzados de oro macizo.

Mordad se detuvo ante sus delirios.

—¿Oro? ¿Cressé? ¿Saver? Lo lamento, Akid. Nunca pudiste llegar a conocerla.

El golpe fue tan inesperado que no insistió más. Estaba en lo cierto. Eso no era ella. Era lo que siempre exigieron que fuera. Además, la caja no era lo importante sino lo que había dentro.

Todos los materiales codiciados de ese mundo no se podía comparar con el valor que suponía sus huesos. Sus huesos que seguían vivos, hacían la caja especial, no al revés.

Los ojos de Alvida miraban a Mordad con esperanza. Anhelando la respuesta que deseaba. Él dudó antes de responder.

—Me dejó encerrarla —el pelo blanco de Mordad también estaba manchado de sangre coagulada y Alvida intentaba quitarle algunos pegotes mientras escuchaba sus mentiras—. Su armador ya tenía la caja hecha desde... —la caja parecía vibrar antes sus palabras—. La soporta, porque es su deseo permanecer en ella. Tú Jefa no tiene nada que ver en nuestra decisión.

Akid tuvo la necesidad de acariciar la caja. Los shakai nunca podrían morir de una forma que se pudiera definir como definitiva así que todo ese ritual funerario era tan teatrero como la vestimenta diaria de Alvida.

En ese momento presenciaron la muerte final del mar. Los marzul al parecer también ya que se zambulleron en esas aguas sin vida suplicando cosas incoherentes.

Alvida se acurrucó en el regazo de Mordad. Sentía la vibración de sus sentimientos. Una mezcla de rabia contenida y desolación.

Suspiró.

— ¿Dónde quieres que la esconda? El precio de tu perdón siempre ha sido costoso.

Akid emitió un sonido desagradable. Alvida le recordó cuando la gente se ahogaba en su propia sangre. Una escena del pasado. No quería recordar. Mordad olvidó que estaban peleados y por fin le acarició la cabeza como si también lo hubiera visto.

— Un lugar donde sus enemigos no puedan encontrarla —Mordad frunció los pálidos labios y secos—. Aparte de vosotras. Los Aravis son los que

más me preocupan y sus seguidores. Y los humanos quieren descubrir la localización del Mapa de la Alianza y no queda mucho tiempo para que salgan en su busca. Me tengo que ocupar de eso con urgencia. Sabrás donde esconderla de todos ellos.

Alvida se incorporó un poco para mirar la espalda de Akid y le preguntó como si importara:

— ¿Estás conforme con esto? Pensaba que ibas a ponerla en un altar y llorarla hasta en fin de tus días.

Con decepción, vio que Akid apenas se dio cuenta de sus palabras. Mordad que siempre tenía un tono de voz contenido dejó pasar un atisbo de ira.

—Adora.

—Perdóname pero ya sabes lo que nos hizo. No puedes esperar que su "muerte" lo arregle todo.

Él suspiró con dolor.

— Llegamos un acuerdo de que es lo mejor —Mordad se volvió hacia la espalda encorvada de Akid, inseguro de sus propias palabras —. Así nadie tendrá tentaciones de abrirla. Y descansará en un lugar seguro —y añadió a regañadientes —. Es lo que le podemos ofrecer hasta que pueda descubrir una manera de...

No continuó. Parecía dolido de su propia limitación. Jefa era uno de los pocos seres que podía averiguar una manera de liberarla, pero él nunca se lo pediría. Ya no confiaba en ellas. Creía que Jefa se negaría o haría una artimaña para hacer sufrir a la Shakai.

Lo había adivinado desde el principio, nunca decepcionaba. Jefa no tenía ni la mínima intención de que Shakai se curara antes que ella lo decidiera. Todos tenían que pagar un precio para el perdón definitivo, el único que importaba realmente. Los shakai tenían vetado irse sin pasar al Querios cuando solo quedaban huesos y menos aun descansar de su propia maldición. Tendrían que buscar una solución para la condición de la terracostas. Algo que provocaría un dolor de cabeza a cualquiera.

Alvida le pareció inquietante. Aun muerta, tenía gente que la seguiría protegiéndose de si misma.

—¿Podría llegar a curarse? No, esa no es mi pregunta ¿Alguien aparte de nuestra Jefa podría ayudarte? Deberías hacer las paces con ella. Todo el

proceso sería más simple.

—Todo es posible. Y ya no significáis nada —apretó los dientes y Alvida pensó que se les rompería—. No os debo nada, ni siquiera la súplica del perdón que esperáis. Estáis en deuda conmigo hasta el final. Os reclamaré cada segundo que me debéis.

Alvida fingió que no lo había escuchado.

— ¿Entonces puedes tú solo cargar con esto?

Mordad frunció el ceño y la nariz hasta tal punto que la venda se le arrugó.

—No se puede ir al Queiros fácilmente sin sufrir las consecuencias —la venda que le ocultaba los ojos casi se cayó y se la ajustó de forma mecánica —. Está encerrada por ahora, porque las consecuencias serían horribles —cogió la caja metálica y los nudillos aparecieron unos cortes, Alvida se la quitó con asco de las manos —. Me pidió que hiciera todo lo que estuviera a mi mano para impedir que les pasara una desgracia —susurró —. Se lo prometí.

Adora Alvida no entendía porque se esforzaba tanto por alguien tan desagradecido. No pudo ni quiso aguantar más aquella escena tan deprimente.

Se incorporó con la caja. Siempre le tocaba las tareas que nadie podía hacer. Miró por encima de su hombro.

—Akid, querido. Hay que despedirse...

Él no reaccionó a su tono impertinente. Mordad negó con la cabeza y la acompañó hasta un tramo de la orilla. El agua mojó las botas de ambos y Alvida la pisoteó de forma infantil.

—Hay despedidas que nunca podrán terminarse para la parte que se queda —Mordad detrás de su fachada de control parecía que iba a soltar alaridos cuando lo dejaran por fin solo —. Despedidas eternas.

Alvida bajó la cabeza con cierta tristeza. Se obligó que el sentimiento no le durara en su rostro. Recordó un cuadro horrible que sobrevivió a todo, incluso a su odio.

La sonrisa que le dedicó a Mordad no mostraba nada.

—Aunque ya no creas nada de lo que te diga. Sé de que hablas, Mordad.

Las cintas que todavía sostenían su pelo, danzaron con vida propia.

Muchos barcos que en ese momento solo eran piras llameantes cayeron en picado en la arena húmeda descubierta. Los muros sólidos de agua se movían, anhelantes, para volver a su sitio natural.

Aspiró el aire lleno de cenizas y humedad sangrienta. La arena ya solidificada; por tanta sangre seca, le recordó a su odiado hogar. Esos momentos siempre lograban hacerla sentir tan viva que se estremeció de placer. Era necesario recordarles a todos quien era. Era vital recordarse quien era.

— ¿Siempre tienes que hacer un espectáculo cuando te marchas de algún lugar?

Giró el parasol entre sus dedos pensando bien su respuesta. Procuraba que Mordad supiera lo máximo posible de lo que le ocurría en su mente. Era al único que no le gustaba soltarle mentiras baratas.

—Me da rabia que me subestimen. Yo tengo el poder de hacerlos desaparecer a todos si yo quiero, tras la marcha de Jefa nadie queda para regular el tablero de juego—Mordad se puso tenso como si lo fuera hacer en aquel momento —. Y aun así, miran mis cintas de esa manera tan maleducada. No te pongas así, Jefa nos enseñó modales y fingir a la perfección la modestia que acabará con nosotros solo por el bien de los susodichos.

Omitió el hecho de que muy pronto daba igual cuanta contención bienintencionada. Daba igual cuanto fingiera. Su poder se le acababa a cada segundo.

A Mordad le ocurría lo mismo.

Se miraron en silencio, leyéndose la mente del otro.

Comenzó a caminar y él la detuvo con una mano efímera en el hombro. Mordad se quitó la venda y bajó sus ojos para aplastarla. Una declaración de intenciones. Otro ser vivo no aguantaría soportar esos ojos imposibles. Sería consumido en el acto. Aprovechó el momento para grabárselos otra vez. Alguien de lejos solo podría ver manchitas negras alrededor de la cornea y... Fingió no darse cuenta de la dureza que emitía esos ojos.

—Te la he confiado —Alvida arqueó una ceja con diversión —. Porque eres la única que puede esconderla mientras me persigan. No soy tan estúpido para no saber que intentarás una locura por tu odio injustificado. Si tienes la tentación de hacerla sufrir lo más mínimo cuando aparezca tu Jefa, te delataré. Nunca te lo perdonaré. Y para que no te sientas tentada, son también sus deseos. Al final llegaron a una tregua pero ya sabías eso, ¿Me

equivoco?

Alvida desplegó su parasol y ocultó su rostro cruel junto a sus pensamientos. A lo lejos se oían trompetas, acompañadas de inmensas galeras del rey Avaddon. Por donde mirara veía toneladas de madera flotando. La venganza del esposo despechado. Hora de marcharse.

—No esperaba menos de vosotros. Fue vuestra mimada hasta el final. Da igual lo que hiciera, le perdonabais todo. Incluso las masacres—Mordad le mostró los dientes pero Alvida ni se inmutó—. Entiéndeme de una vez, Mordad. Todos la prefieren acabada y con razón. Cometéis el error de creer que soy la única preocupante que queda; ni por casualidad —mientras hablaba no apartaba su vista de los ojos de Mordad, aplastándole con el mismo nivel de poder—. La realidad que no queréis ver. Todos pensamos igual y... ¿Todos estamos equivocados? Incluso cuando termine esta excusa llamada guerra, no se celebrará la victoria de los marzul sino la muerte de la Bestia del Sable. Su última y anhelada derrota final. Quisisteis domesticarla con amor incondicional y empatía superficial pero vuestros esfuerzos fueron fútiles. Este era el único desenlace que podía tener.

Mordad negó con la cabeza. Sus labios pálidos adoptaron un tenue color morado.

—Cada cierto tiempo ve cambiando el lugar. Y ni si te ocurra llevarla al Bosque Metálico por tu propio bien, ya que es lo único que te ha importado.

—Entendido, señor mandón —le sacó la lengua. — ¿Qué vas a hacer con la Avahari de Doncella? Has creado un gran revuelo tras robarla al que haya hecho eso esa locura de abominación. Una caja digna de todo su esplendor. Con esas piedras preciosas de coral de...

—Cállate.

Sintió un inmenso placer al ver la mueca de Mordad. Aterrado. Así quería que estuviera en cada momento, consciente de quien era. Había que recordarle que no le se podía ocultar nada por mucho tiempo.

—Debo ocultarla. Por nuestro bien —dijo después de recuperarse de la conmoción.

—Tan sensato como siempre. Es lo que más envidio de ti.

Se cubrió de nuevo los ojos. Le temblaban las manos por la rabia. Alvida hizo un puchero.

—Puedo ocuparme yo misma, si lo deseas. Y con placer, ¿Qué diferencia hay de una que dos? Puedo soportarlo. Quiero decir, mi odio injustificado puede soportarlo —agitó la mano, mientras correteaba en círculos alrededor de él — ¿Dónde, dónde?

Mordad le dio la espalda y comenzó a alejarse de ella tan deprisa, que tropezaba a cada rato con la arena removida. Alvida empezó a reírse entre dientes.

— ¡No me temas, Mordad! Siempre he tenido buenos modales —gritó con alegría y supo que la amenaza hizo efecto.

Cuando se marchó, Mordad volvió en compañía de Akid.

Akid extendió sus brazos y él espantó aquella oscuridad que se acercaba. Se abrazaron con fuerza. Mordad deseó tener el poder suficiente para quitarle todo aquel sufrimiento que él también sentía.

Tenían que ser fuertes.

Akid al final habló a regañadientes, entre jadeos furiosos. Su voz sonaba estrangulada por el dolor. A cortes. Con una mano rodeó la nuca de Mordad y lo acercó más a él.

—Si descubro que no era su intención estar en esa caja desde el principio...os mataré. Por haberme mentado. Tú. El primero. Después, a ellas. Aunque seáis La muerte. Os lo juro.

Capítulo 2

Cosas que deberían quedarse en el fondo del mar

1

Pat soñó con la muerte de su hermano.

Tay con el pecho abierto intentado respirar en su regazo. Como si un monstruo lo hubiera devorado desde el interior y solo hubiera dejado una cáscara podrida.

Se despertó con los ojos cerrados. Si no estuviera acostumbrado a las pesadillas de su vida rutinaria hubiera gritado hasta destrozarse la garganta.

El sol empezó a asomarse en el poblado de D' Tynk. Observó con desaliento aquel mar que había visto desde que era un recién nacido.

La humedad era insoportable. Dolía al respirarla. No había vientos fríos que aliviara aquel desasosiego en esa estación. Muchos ya dormían en los tejados planos de las chozas para aprovechar el viento artificial que creaban los molinos eléctricos.

Su zumbidos eran constantes, murmullos mecánicos. Colocados por filas desiguales, a los lejos del poblado.

El barco descomunal estaba anclado en mitad de aquellas aguas, rozando el horizonte. Por supuesto, solo era una ilusión.

El Barco Central estaba más cerca para su gusto.

De pequeño le contaron que el viento estaba tan vivo que creaba tornados que podría devorar una ciudad entera e incluso provocar grandes tormentas que hacía peligrar a las embarcaciones más temibles de los piratas. Que era un elemento poderoso y mortífero. Que debería guardarle respeto si querías utilizarla para tus fines. Pero Pat creció; y con él, la madurez suficiente de no creer en todo lo que le contaban.

Sacudió a Tay para que se despertara. Envidiaba como podía dormirse en unos pocos minutos cuando él necesitaba horas para conciliar el sueño. Se despertó con gruñidos y se frotó los ojos oscuros con resentimiento. Lo primero que hizo fue ver el Mar de Tinta tras sus legañas. Siempre

buscando algo entre las aguas. Algo vivo. Algo imposible en aquel mar.

—Aun no es la hora —extendió su mano hacia el cuello de Pat, pero él tenía buenos reflejos y completamente despierto; huyó por la escalera anclada de la pared.

Pat lo miró con ansiedad cuando estuvo a su lado después de que saltara desde el techo. Le ponía nervioso que lo hiciera.

—He soñado que morías. Otra vez.

Tay sonrió.

— ¿En mar o en tierra, pequeño profeta?

Había unos sueños en el que su hermano moría trabajando, lo que quería decir que dentro del mar. Los que más le daba miedo porque eran los más realistas. Y otros en tierra, sujetando un trozo de cuerda rojo y cubierto por completo de sangre pegajosa que manchaba la arena que lo rodeaba.

Y en ninguno de esos sueños, podía hacer nada más que quedarse paralizado.

—En mar. Intentabas rescatar algo con desesperación y saliste con un agujero enorme en el pecho. Vi tus costillas rotas, algunos trozos se cayeron...tu corazón estaba aun latiendo pero tenía un trozo arrancado como si algo lo hubiera hecho con los dientes. Y eso...te comía desde dentro. Un bicho que emitía ruidos agudos tan horribles que todavía me duelen los oídos. Era un sueño pero sigo oyendo aquel odioso sonido. Tenía muchos dientes y patas —aspiró y soltó el aire más caliente todavía—. Rojo. Escarbaba hacia afuera de tu pecho. Te desplomaste en mis brazos. Quise llevarte a la orilla pero pesabas demasiado. Lo intenté pero no pude. No pude hacer nada.

Su voz tembló aunque no soltó ni una sola lágrima. Lo primero que aprendías en D' Tynk era que no podías llorar por estupideces. Sabía que se estaba comportando de forma irracional pero sentía que esos sueños era una llamada de advertencia para salvarlo. Había algo en esos sueños que le provocaba temblores y náuseas.

Enmudecieron cuando avistaron el marco de la puerta de la casita tras rodearla.

Tay puso un dedo en sus labios para que dejara de murmurar entre dientes y metió solo la cabeza en la puerta entreabierta. Pat contuvo la respiración y aguardó con tensión. Tay entró sin miramientos y él lo siguió

sin pensarlo.

Al acercarse a su hermano, este le tiró una barra de pan moreno y atrapó uno para él. Destaparon tarros de mermelada de fresa, la favorita de ambos y cortaron rodajas gruesas de pan. La pequeña mesa tambaleó por el esfuerzo de soportar el peso.

Pat la odiaba. Era increíble la tirria que podías coger a una cosa sin vida. Y aun así, no podía pensar en una rutina que no implicara aquella estúpida y vieja mesa.

Catrina no estaba. Era rara la ocasión que se quedaba por mucho tiempo. Tay se aseguraba de que no estuviera. Ella era una de las que se pasaba toda la noche trabajando en el Barco Central. Pat admiraba aquel detalle en secreto.

Tay se volteó al notar que Pat se quedó en un silencio expectante. Dudó en abrazarlo y al final no lo hizo. Cogió la palangana y se limpió la cara adormilada.

—¿Rojo y muchas patas? ¿Me va a matar un cangrejo? —ignoró la mirada de reproche de Pat—. Desde pequeño sabes que este mar no puede albergar vida. Ni buena ni mala. Es más, el mar es una buena señal en los sueños para... nuestra familia —soltó el aire entre los dientes, intentando ordenar sus pensamientos—. Los Cárter. Eso quiere decir que viviré muchos años. Más que tú. Recuerdas lo que te contó padre, ¿no?: los hijos del mar...

Pat arrugó la cara. Odiaba aquel lema.

—Mueren dos veces ¿Y cuando sueño que mueres en tierra? ¿Hay un dicho conveniente para eso?

—Solo entiérrame como es debido.

Tay se encogió de hombros con dejadez aunque su mirada indicaba que ya se estaba hartando de la conversación.

Rebuscó por todas partes una camisa limpia hasta encontrar una azul en uno de los baúles de su padre, desteñida de tanto uso. Ya tenía la misma constitución y le quedaba como si fuera realmente suya.

Pat se cansó nada más pensar que pronto tendría que hacer la colada. Las manos apenas le respondían tras las largas jornadas.

—La muerte de por sí en los sueños significa una larga vida. Eso no significa que sea dichosa —añadió, para sorpresa de Pat—. No pongas esa cara, siempre lo dicen. Los sueños lo que ves no es necesariamente lo que

va a pasar —imitó una voz carrasposa e insufrible—. Todo significa lo contrario en los sueños, jovencito mío...

Pat apretó los dientes. Sin tan solo fuera un par de años más mayor quizás lo escuchara con más atención. Aunque los hermanos pequeños seguían siéndolo. Daba igual el paso del tiempo.

Tay no lo esperó a que estuviera listo para poder ir a la orilla. Como no tenía ropa limpia cogió una camisa blanca de su hermano que le quedaba demasiado grande y le llegaba hasta las rodillas. Se remangó con desgana mientras perseguía la espalda gigante.

La trompeta reverberó por todas partes.

Se pararon en seco. Pat confundido, miraba por todas partes de la orilla. Aun quedaba un rato para comenzar la faena pero vieron el triste motivo. Se miraron.

Tay se dio cuenta del aspecto desastroso de Pat y entre chasquidos de lengua; Se acuclilló y le ayudó a remangarse de nuevo la camisa cuyas mangas se bajaron de nuevo y parecía más pequeño todavía. Pat inclinó su cuerpo para mirar mejor mientras su hermano murmuraba lo enclenque que era todavía.

Una barca negra con las velas recogidas por cuerdas rojas gruesas sostenida por una campana que hacía sonar el padre de familia. Estaba rodeada entre la multitud de personas que observaban con tristeza como la familia Clerein se aferraba el cuerpo de su hija para dar su último adiós. Las hermanas eran tan pequeñas; que miraban sin entender muy bien porque Rosse no se despertaba cuando la llamaban.

Todos esperaban que lograra salvarse. Con esfuerzo de su familia y la de ella misma, pudo conseguir la medicina que la ayudaría expulsar finalmente la tinta venenosa de sus pulmones y del estómago. Al parecer, ya estaba sentenciada. Algunos adultos lanzaban miradas odiosas al mar negro, echándole toda la culpa. Como era lo previsto, el mar no se conmovió ni lo más mínimo ni se retrajo por la vergüenza. Indiferente aquel odio, igual de antiguo que el mismo.

Como mandaba la costumbre la familia de la fallecida tenía tres días de luto y no necesitaban ir a trabajar. No pedirían el permiso. Nadie lo hacía.

La deuda seguía subiendo.

—Quizás era lo mejor —Pat abrió la boca y la cerró de nuevo con un chasquido—. ¿Sueno cruel? Esa es mi intención. Nadie débil puede sobrevivir a este lugar demasiado tiempo. Ahora podrá descansar de tanto

trabajo, alegrémonos por la chica —Tay apretó los labios.

Se notaba que estaba furioso.

Pat cuando se enfadaba se ponía de un rojo oscuro como la piedra de las chozas del poblado pero cuando lo hacía su hermano su rostro se ponía gris. Como si su propia sangre quisiera huir de él.

El ruido amenazador cortó todo intento de Pat de decir algo. De protestar.

Más de trescientas cadenas de hierro tan gruesas como serpientes marinas gigantes enroscadas entre sí, avanzaban transportando las plataformas que salían del interior de la gran boca del Barco Central. Cuando era más pequeño le daba la impresión de que eran un monstruo liberando a sus hijos por la boca y desde ese momento, solo podía ver eso.

Todas estaban perfectamente alineadas en formación de abanico, portando sus respectivos números con pintura resistente al agua. Eran redondas, con hendiduras para el cableado junto las poleas para subir los baúles más pesados. Desde que comenzabas a trabajar te asignaban a una para toda la vida a no ser de unas pocas excepciones. La 209, los amenazaba, no muy lejos. No tenían más identificación que esos números grandes a cada costado.

Koi una vez comentó que si los clanes piratas del Pererie hubieran sabido que si algo como esas barcazas redondas no tenían nombre, a pesar de estar a todas horas en el mar, les darían un ataque de histeria supersticiosa.

—Lo consideraban terrible—añadió Koi asustando a un impresionado Pat—. Con muerte maldita merecida incluida.

Finch lo encontró interesante.

—¿La triple M? Entonces es cosa seria. Sugiero por llamarla La Desagradecida; ya que siempre nos da problemas de mantenimiento a pesar de lo mucho que la adoramos en el fondo de nuestro rencor.

Tenía razón. La polea siempre se trababa y por sino fuera poco, a veces las redes se enredaban y se rompían con suma facilidad. Todo eso se descontaban del sueldo.

Pat vio a Catrina en una barca a motor junto a sus compañeras. Ya habían acabado con su jornada. Como ellas, si cumplías la cuota; podías trabajar en el Barco Central como administradoras para catalogar los objetos hallados del día junto a los guardas. Y así tener el "día libre" al día

siguiente. Para Pat y su hermano eso era un objetivo imposible. Al terminar con la faena después de tantas horas apenas podían levantar un tenedor para comer. Era un trabajo físico muy duro.

Catrina pasó a su lado. Nunca la había visto sin su larga trenza gris que le llegaba a la cintura. Delgada y la más alta de sus compañeras, con huesos afilados que parecían que se iban a quebrar pero poseía la misma fuerza que cualquiera de ahí. Pat siempre le dio una impresión que parecía la lanza que se describía que tenía Mocaria.

Tay aguardó con calma y Pat no pudo evitar esconderse detrás de su hermano con cierto temor por parte de ambos. Ella continuó caminando como si no los hubiera visto.

Les dio él pésame a los Clerein y se marchó con prisas con sus compañeras de miradas hoscas pero con la educación suficiente para inclinar las cabezas con respeto solemne ante los Clerein.

Todas ellas, habían perdido al menos un hijo. Era extraño que en D' tynk hubiera una familia completa.

La gente siguió su ejemplo y empezaron a dar el pésame en fila a la familia. Luego se marchaban más encorvados que de costumbre para ocupar sus puestos de trabajo.

Pat se mordió el labio.

—Tay, ¿No deberíamos...?

Su hermano no le hizo el menor caso y se adelantó sin él junto con Finch que se colgó de su espalda y los demás de la 209.

Algunos rostros reprobaron ese gesto maleducado y carente de compasión cuando la mayoría de los jóvenes se iban a las barcas a motor sin ni siquiera mirar hacia atrás.

Los guardias ya se encontraban cerca de la orilla, de pie como postes; en sus barcas a motor para transportarlos a sus plataformas asignadas. A diferencia de todos los días, no insistieron en que se dieran prisa a subirse a las barcas por el funeral. Se quitaron sus gorras azules en señal de respeto y aguardaron, pacientes.

Pat apretó los dientes y avanzó hacia la familia Clerein conteniendo la respiración. Al acercarse a la barca, aun con la pintura fresca negra; evitó mirar el cuerpo vendado de cuello para abajo de Rosse para evitar aquella visión de corrupción que había dejado la tinta en su rostro.

Ahí, sintió que las pesadillas que le preocupaban de un modo innecesario se desvanecían. La realidad de D' tynk era la horrorosa protagonista de su vida.

El olor de la pintura reciente era muy fuerte y no tardó en sentirse mareado.

Se concentró en sus padres. Quiso decir unas palabras amables y de consuelo pero fue incapaz ¿qué decir que ya no supieran? ¿Qué decir para aliviarlos? Las palabras no podían devolverle a su hija. Besó sus manos llenas de callos y quemadas por tantas horas de sol en señal de comprensión, de profundo respeto a su pérdida.

Le sorprendió la fuerza de aquellos padres por continuar de pie al lado de su hija sin vida y que le devolvieran el saludo a él con tanta entereza. Cuando le tocó a él no pudo, se tuvo que aferrar a la cadera de Tay y aun así terminó cayéndose de rodillas en la arena.

La madre, Veatriz Clerein acarició su cabeza con ternura y le pidió que tuviera cuidado en el trabajo. Casi se ahogó en su tristeza. Intentó decir algo a las niñas aferradas a su mono de trabajo pero se escondieron detrás de su madre cuando se inclinó hacia ellas.

La trompeta sonó otra vez con el sonido chirriante por toda la costa del Mar de Tinta.

Corrió como pudo en aquella arena llena de pequeñas rocas afiladas. Antes le hacía daño ir descalza pero ahora tenía la planta de los pies tan endurecidos que no notaba prácticamente nada.

La barca a motor del guardia Hotracio gruñía con impaciencia, como de costumbre.

Lo saludó a él primero y después a sus compañeros de barca. No era muy hablador pero a Pat le caía bien. Como era lo habitual, les entregó a los cinco un mapa de la zona del cuadrante que les tocaba aquel día. La plataformas solo eran un punto de referencia para dejar los objetos hallados y era normal que les tocara distintas zonas del mismo cuadrante. Los guardias iban y venían transportándolos al Barco Central tras recoger los datos del pescador y al final, se hacía un recuento final tras finalizar la jornada.

—Cuidado. Aparecieron hoyos traicioneros por esta zona —señaló el mapa de Tay—. Me encargué de señalar unos cuantos pero podría haber más que se me escaparon.

Por eso le caía bien. No todos los guardias hacían su trabajo con eficiencia

y se preocupaban por su seguridad.

—Gracias, señor Hotracio —dijeron al unísono con una inclinación de cabeza a modo de respeto. El guardia ocultó aun más sus ojos con timidez tras la visera de la gorra.

En las zonas cercanas del Interior los llamaban falsos pescadores con cierta acusación en los labios.

Tenían razón. No pescaban comida si no tesoros de piratas.

El Mar de Tinta no podía albergar ningún tipo de vida. Eso no significaba que tenía menos valor que los demás.

En el principio de la dinastía Cataria hasta finales del Pererie como narraba Koi con voz imperiosa cuando tenía la mínima oportunidad de sacar el tema, era una travesía normal para los piratas desviándose de la justicia del Clan Escudo. Eran grupos de trabajadores de todo tipo que se cansaron de las fechorías de los ladrones de mar. Si ese clan te cazaban con tesoros robados, lo pagabas con sangre.

Para librarse de ellos, los piratas se arriesgaban al cruzar esos peligrosos mares llenos de monstruos marinos y otros peligros más ordinarios. Y muchos de ellos pereciendo en aquellos mares misteriosos. Cada mar con su propia leyenda.

Mar Blanco, Mares Accidentados, Mar de Canto y Ceniza...

Pat suspiró, apoyándose en el borde la barca mirando a la nada.

D' Tynk en el pasado recibió a numerosos piratas famosos y logró hacer treguas beneficiosos con ellos. Les daban un porcentaje de los tesoros robados y también los ayudaban a defender sus poblados de las amenazas de mercenarios y gente de la misma calaña que venían a saquear y dejar en cenizas a los pueblos costeros, a cambio de una zona neutral de descanso y de su silencio. Con el pacto de no denunciarlos a las autoridades de la Corona Imperios para luego partir de nuevo a sus territorios.

Tras el declive de los clanes piratas, la justicia de la Corona Imperios y la de los Unificados cuando llegaron al poder a cada lado de ese mundo se los había hecho pagar condena y dependiendo del pueblo tenías que pagar la condena de una manera.

El Mar de Tinta era negro y pegajoso en su superficie y unos cuantos metros de su profundidad, variando en cada cuadrante. Era muy nocivo para la salud. Ni los más desesperados por tener dinero querían hacer ese trabajo. Y obligar a D' tynk que había cooperado de buena gana con los

piratas del Pererie era lo ideal.

A Pat no le gustaba pagar los errores de gente del pasado y nunca aceptaría ese castigo injusto. Muchos morían por enfermedades de la piel o de heridas internas en la zona de los pulmones y el estómago, que se perforaban si tenías la mala suerte de tragar esas aguas.

Las protecciones como las mascarillas o los cascos no servían de mucho en esos casos habituales. Esa agua entintada esperaba con paciencia inmortal para meterse en tu interior buscando tus órganos para devorarlos. Un solo error, un descuidado accidente en el trabajo, podía costarte la vida que tanto te costaba protegerla.

Se sentó en La Desagradecida abrazando sus rodillas huesudas. Se despidieron de Hortracio con gestos enérgicos y sonoros besos en el aire por parte de Finch, que hizo que el guarda se avergonzara más todavía.

Finch se volteó con aire sombrío, extendiendo sus brazos con lentitud. Tiró una moneda en dirección de Koi que la cogió sin inmutarse.

—Se aceptan apuestas, ¿A quién obligarán a venir a este miserable ambiente?

La hija de los Clarein era la última de la plataforma doscientos uno. Sus cuatro compañeros había muerto tiempo atrás. Uno de ellos aplastado por un inmenso baúl de hierro que le destrozó el cráneo cuando intentó sacarlo entre unas vigas apiladas que se desplomaron con solo mirarlas.

Pat bajó la mirada. Un solo error y se murió. Tardaron dos días en encontrarlo.

Rosse tras la muerte de su último compañero siguió trabajando hasta el final incluso con esos pulmones tan dañados. Hizo todo el papeleo necesario para que le asignaran compañeros pero el proceso era largo y poco eficiente. Sus padres intentaron hacer horas extras para conseguir pagar la medicina. Pero el tiempo no tenía piedad para ellos.

La deuda sigue subiendo.

Con esa, eran ya tres plataformas vacías a lo largo de esa cadena. Siempre demasiado tarde para los que quedaban desamparados, a solas, en sus plataformas, con los fantasmas de sus compañeros. Traían gente de otros pueblos endeudados o con condenas parecidas a la suya.

De muerte.

Finch decidió apostar el primero al ver que nadie se animaba.

—Yo creo que será el famoso D' evore.

Pat hizo un gesto de desdén. Ningún pescador de la élite le interesaba el Mar de Tinta y menos alguien tan aclamado como ese mez'yeem rabioso. A él solo le interesaba armas de guerra. Sobre todo de los clanes terracostas del Interior. Se rumoreaba que incluso estudió la historia complicada del Interior solo para saber más de las armas legendarias. Si lo hizo, nunca alardeó sobre sus conocimientos. Algo impropio de su personalidad. Pero Finch siempre hacían las mismas apuestas absurdas para que la gente se picara.

Koi le dio la razón pero se estaba burlando de él.

—Eso he oído. Dijo que sería el que descubriría las tres armas de Mocaria; que estarán sin ninguna duda en D' tynk.

—Se dice que los fantasmas hacen cosas sinsentido —intervino Helena haciéndose su habitual trenza para trabajar.

Jerald D' evore no había dado señales de vida tras once tormentosos años del conflicto Maleísta y

Aliantes de los Unificados. Ese caso provocó que la gente se acostumbrara a leer el periódico a diario para estar enterado de los avances del juicio más largo de la última década.

Pat y Finch todavía no entendían muy bien el motivo de tanto escándalo. Koi intentó explicárselos una vez y para no parecer idiotas, fingieron que lo habían entendido a la primera.

Eso quería decir que lo jubilaron de forma prematura o que por fin los Unificados consiguieron hacerlo desaparecer. En los pueblos endeudados siempre se escuchaban con interés sus aventuras y de como desafiaba a la autoridad sin consecuencias junto a su hermanastro, Azor DeMarcus, que era un monstruo disfrazado de humano.

El verdadero conflicto para el Consejo Unido, ya que los dos eran sus bestias favoritas para mantener fuera del tablero a la Corona Imperios. Pero como en los cuentos de miedo, las bestias lo devoran todo, incluso a sus amos.

—Trasladarán a Querertre —continuó Helena —. Va a conseguir el mapa de la Alianza a toda costa y es probable que se encuentre aquí, debajo de La Desagradecida.

Helena desbordó con su sarcasmo la barca y miró a Pat. Él desde pequeño juró que iba a encontrar todos los trozos. El mapa de la Alianza era el tesoro pirata más codiciado del mundo. Aunque nadie sabía con exactitud que mostraba aquel papel mítico. Los de arriba estaban muy interesados en darte el precio justo por aquel hallazgo. Si lo conseguías serías el dueño de una riqueza que no podrías gastar ni aunque fueras inmortal.

Pat le gruñó con fastidio y ella le hizo cosquillas por pura maldad. Mientras forcejeaban, Finch alargó la mano y sacudió el hombro de Tay, que no paraba de bostezar.

—Tay, ¿Tu apuesta?

Dejó que le pusiera la moneda en la mano y la acarició, distraído.

—Alguien decepcionante. Nadie digno de mención querría mezclarse con nosotros.

Pasó la moneda a Pat. Helena le pidió que hiciera su apuesta. Como respuesta, Pat lanzó la moneda al fondo del mar. Perdieron al momento las sonrisas y el buen humor en la barca.

Apretó los puños, hasta hacerse daño con las uñas rotas.

—Estáis apostando tan alegres cuando es el funeral de Rosse. ¿No tenéis vergüenza? Solo porque nadie quiere venir a un sitio como este sin que lo obliguen a punta de arma. Rosse, que es reemplazable, que se puede sustituir ¿Si muero también apostaréis? ¿Haréis chistes a mi costa? ¿Os burlareis de mis pulmones cuando no puedan soportar este mar asqueroso?

Se quedó temblando antes todos esos ojos que lo miraban.

Tay miró hacia los uniformes amarillos que estaban doblados cuidadosamente en un rincón. Cada día tenían uno nuevo porque al final de la jornada se desintegraba por mucho cuidado que tuvieras. Se lo empezó a poner con desgana, los demás lo imitaron. Solo Pat se quedó quieto lanzando llamas por los ojos.

Koi carraspeó y como siempre, aprovechó para recordarles las características de los baúles o de los documentos más valiosos para pescar.

En el resto de la cadena, todas las barcas estaban ya activas.

Con resignación furiosa se puso el traje sin dejar de mirarlos con desafío.

—Pat —aspiró un largo rato, frotándose la frente. Pat lo miró ofendido al darse cuenta que le daba pereza tener esa conversación y no tenía ni la decencia de fingir —. Niño, eres. Koi...cuéntaselo.

—¿Seguro, no es todavía un...? —Tay le dio permiso y Koi le frunció el ceño a Pat —. Fue hace diecinueve años. La insurrección de los condestables, lo llamó la prensa. Nosotros eramos niños aterrorizados debajo de la cama y tu Pat, ni siquiera existías.

—Ni siquiera eras de aquí —añadió Finch en un tono bajo para que no lo escuchara Tay.

—Da gracias todos los días por no haber estado ese día —le dijo Helena, soltando una carcajada vacía —. No tienes ningún derecho a decirme como debería comportarme después de haber sobrevivido a esa noche—miró a Koi, el más joven después de Pat —. A los mayores, nos obligaron a llevar a los más pequeños a zona segura. Nunca pensé que podía tener tanta fuerza para cargar a tantos niños en mi espalda, en los brazos, en las rodillas. Apenas era unos tres años mayor. Todavía noto como me hundía en la arena mientras me arrastraba dando tumbos. Temía que si tropezaba, si me caía, no volvería a levantarme. Así que no me tropecé ni me caí. Esa noche era totalmente roja. Recuerdo como me pegaban y arañaban con rabia, ¿No fue ayer? —se rio, desesperada — Querían ir con sus padres y yo se los impedía. Uno me mordió en el hombro derecho, todavía tengo la cicatriz —bajó la mirada —No puedo culparlos. Era su enemigo. Eran más pequeños que yo y aun así comprendieron lo que me negaba a pensar. No volveríamos a verlos con vida. Al padre de Finch y a mí tía le destrozaron la cabeza —le dedicó una sonrisa cínica —. Fueron esos guardias que te agradan tanto. Lideraron la protesta, los mantuvieron unidos cuanto pudieron pero era demasiado para solo dos personas. Montaron las barricadas para que los demás pudieran escapar...fueron los primeros y los últimos. Ah, Pat —suspiró, cruzándose de brazos. Su sonrisa apuñalaba a Pat que quería escapar de su mirada —. Niño, eres. No te debo una disculpa ni explicaciones sobre mi moralidad, ¿Quieres la ofensiva verdad? Ya no me queda fuerzas para ser una persona decente. D' tynk te lo quita todo. A veces, poco a poco. Otras, de forma tan violenta que no puedes recuperarte.

Finch le dio un beso a Koi y a Helena en la cabeza al verlos tan entumecidos por esos recuerdos. Pat bajó los ojos, no podía respirar.

Tay volvió hablar. Su cara parecía tallada en piedra.

—La deuda sigue subiendo, Pat. Para todos. Las muertes de gente que no tienes trato, son eso: olvidables —Pat abrió la boca y él le advirtió con la mirada—. Te acostumbras quieras o no. Déjalo estar. No somos nadie.

—Pérdida de empatía —aportó Koi con ganas de terminar esa conversación.

Tay alargó el brazo y su pesada mano se posó en el hombro de Pat. Era imposible, pero notó como se hundía en la madera de La Desagradecida.

—Cuando llegues a mi edad créeme que serás incapaz de reaccionar como es debido. Bajo mi egoísta opinión, Pat; creo que te estás enfadando con los que no tienen nada que ver con el asunto.

Los demás hicieron un gesto afirmativo de acuerdo con Tay.

—No lo habría explicado mejor —dijo Finch antes de zambullirse. Señaló con un dedo a Pat y el niño tragó saliva—. La muerte de alguien que no sea de La Desagradecida no me quita el sueño. Por muy cruel que te suene. Pat, tú nunca has intercambiado unas palabras con los Clarein. Estoy seguro que llegado a la situación preferirías salvar a Tay que a cualquiera. No te culpo, yo haría lo mismo por cualquiera de vosotros. Estoy cansado de tanta hipocresía. Mi padre creyó en D' Tynk y ellos lo dejaron tirado a la hora de la verdad. Sin rencores. Ahora que ellos no me culpen a mí si no lloro a sus muertos y finjo indignación.

Pat derramó dos lágrimas furiosas y de un manotazo quitó la mano de Tay. Si su hermano se molestó no lo percibió en sus ojos.

Apretó los labios para evitar gritarles porque sabía que ellos no lo tomarían en serio. Solo verían la pataleta de un malcriado. Él nunca dejaría de importarles su gente. La gente de D' Tynk. Ellos sufrían igual que él, ellos trabajaban más que él. Ellos se cansaban, ellos enfermaban, ellos se rompían cada día.

Daba igual cuanto tiempo pasara. Se acordaría de todas esas injusticias y haría algo cuando fuera mayor. Más fuerte e inteligente. No podía quedarse con los brazos cruzados sin hacer nada.

Sería...sería como los héroes de las leyendas. Como Valerian o Terseo. Se haría fuerte. Muy fuerte. Y protegería a su gente de ese futuro ya escrito para personas como ellos.

Por que él sabía de primera mano lo que era esperar a un héroe que nunca vendría para rescatarte. Salvarte de los desconocidos que tenían el pleno derecho a decidir sobre tu vida.

Esa actitud tan indiferente hacía que el pueblo D'tynk siguiera en ese estado de esclavitud por parte de los Unificados y de la Corona Imperios.

Se puso el equipo y sin esperar a su hermano se sumergió en aquel mar tan frío como La Desagradecida. Nadó con rapidez con la esperanza de

olvidar la opresión que sentía su pecho. Llegó hasta el fondo y notó como los demás descendían con lámparas sumergibles. Con la rabia que se acumulada en su pequeño cuerpo se olvidó de la suya. Helena impulsó hacia abajo su lámpara y Pat a recogerla, sintió como el mar dejó de ser menos terrorífico.

Tuvo la sensación que nunca perdería el miedo a aquel mar y eso le enfurecía más aun. A lo lejos, se podía ver pequeñas luces diluidas de otros pescadores que ya habían empezado en el mismo cuadrante. Andando de un lado a otro, con las palas en el hombro y otros objetos para el saqueo. Algunos portaban ganchos y ganzúas para llevar los baúles más pesados y alzarlo con la manivela que portaban las plataformas. Otros, sobre todo los novatos, iban con carritos que tenían bombonas de oxígeno en los costados para impulsarse por si mismo en la superficie. Era muy engorroso utilizarlos porque siempre daban más problemas al estancarse en cada rato con los residuos de astillas o de rocas que estaban en el fondo.

Pat caminó con fiereza por los postigos que habían puesto anteriormente. Los límites de las zonas se marcaban con farolillos de colores que parpadeaban con dejadez. Verde y amarillo. Amarilla significaba que la zona era segura para pescadores normales y que no había ningún tesoro que pesara más de diez kilos. La verde, en cambio, significaba que era una zona que solo como los pescadores de élite certificados podían arriesgarse a entrar. Con objetos que probablemente apareciera en el catálogo.

Aunque nadie pudiera verla desde el lado amarillo, todos sabían que había un abismo haciendo de frontera de ambas partes que contaban que parecía no tener fin. En ese abismo es donde más entraban los pescadores de élite, husmeando con sumo interés cualquier cosa fuera de lo normal.

Cuando pasaban apuros en la pesca, Tay afrontaba el riesgo y nadaba por las orillas del abismo que parecían cicatrices irregulares. Siempre volvía con algo pesado y de valor que los aliviaba. Tay le comentó que lo poco que veía con el farolillo parecía un montón de estacas de piedra que antes seguramente fueron corales fosilizados que asemejaban dientes de un monstruo.

Pat estaba casi seguro que Tay le contó eso para que él se asustara y nunca se atreviera ir solo.

Lo consiguió.

El grupo le hacía señas para fuera con ellos pero Pat no les hizo caso y avanzó hacia el final de la zona amarilla. Sin tan solo pudiera conseguir un objeto del catálogo de aquella zona sería capaz de quitar la deuda de su hermano y la suya. O mucho mejor, podría quitar la deuda de la barca

209 al completo. Sin tan solo...Dio un paso desafiante. Solo uno, y notó el cambio.

La luz de la farola apenas podía iluminar aquella oscuridad que le transmitía una voracidad demoníaca. Sintió que perdía la concentración por el nudo de la garganta.

Cuando bajabas, la tinta se hacía menos espesa. Más difuminada con tonos grisaseos. Siempre se acumulaba más en la superficie. Ahí las cosas cambiaban. Movi6 sus ojos a todas las direcciones. Apenas podía ver su mano que alzaba el farolillo. El farolillo tilit6 de puro terror. La negrura la hacía languidecer, ansiosa por comerse la diminuta luz.

«Y a ti.»

Su hermano apareció de la nada y le hizo señas con su linterna. Lo cegó por un momento. Lo regañó con la mirada. Pat sacudió la cabeza para despejarse y nadó de espaldas hasta adentrarse a la zona amarilla. Se dio cuenta que no había dado un paso, sino diez.

Cogió la pala sin querer pensar sobre lo ocurrido y comenzó a cavar. Tay lo imitó al lado suyo.

El promedio de un pescador de tesoros adulto para contener la respiración era de doce minutos. Pat con orgullo, superaba a los de su edad y podía aguantar cinco. Aunque le frustraba llevar años sin poder mejorar su tiempo. A diferencia de Tay, que parecía que iba a convertirse en un pez de un momento a otro.

Su hermano con sus aplastante veintidós minutos en sus mejores días tenía el récord del todo el poblado. En cierta ocasión, su padre le confesó con burla que su familia tenía un don especial: consistía en que el mar nunca podía hacerles daño o incluso que no tenía el permiso de acabar con sus vidas de forma directa. Si lo hacía por descuido creyendo que era un humano vulgar, sería obligado a corregir esa falta y lo tendría que resucitar.

Según la leyenda, un antepasado suyo ayudó al que su día fuera el padre de la Doncella del mar y con ello, ganarse el favor y la amistad de él como recompensa. Les prometió que el mar nunca les arrebataría la vida y si fuera el caso, se la devolvería. "Los hijos del mar mueren dos veces".

Pat no se tomaba muy en serio aquella historia tan oportunista pero incluso él, también sentía una conexión especial con ese mar.

Quería drenarlo.

Tay no tardó en encontrar un pequeño baúl tras cavar unos minutos. Lo abrió a pesar de las protestas de Koi a lo lejos. Había pesadas coronas y diademas con incrustaciones de gemas moradas en ella. Los piratas les encantaban robarles a los emperadores. Era casi su aspiración personal en sus saqueos por las Tierras Duras. Quizás por eso los pueblos costeros, los grandes olvidados por los reyes les cogían cierto cariño tóxico.

Hizo un gesto de que iba a salir a la superficie para consultar los objetos con Koi y Pat se quedó solo. Deambuló con la pala de un lado a otro y notó un crujido un bulto pequeño. Alargó la mano y descubrió un anillo de oro, y virutas de una caja se deshacía en esa agua. El anillo tenía cuatro alas de adorno. Lo botó. Solo pesaba unos gramos insignificantes. Y no había ningún anillo con esas características en el catálogo de objetos importantes.

Pensar que había gente que mataría por esos objetos en las subastas regionales le hacía tener rechazo a quedarse con objetos en secreto e intentar venderlos por contrabando. Además que Tay nunca se lo permitiría. Tampoco valía la pena canjearlo por comida o ropa en el Barco Central. Ahí, los tesoros de menor peso que no eran del Antiguo Mundo no valían nada.

Cada día, según como lo disputaba el reglamento tenían que encontrar tesoros que equivalía a tu peso. Más diez kilos de impuesto por gastos extras como comida, ropa o medicina para enfermedades ajenas a Mar de tinta. Todas esas necesidades las canjeabas en el Barco Central.

Eso quería decir que Pat cada día tenía que encontrar sesenta kilos de tesoros ordinarios (o algo liviano pero valioso que sustituyera los kilos que era la especialidad de los pescadores de élite) y su hermano ochenta y seis. La gente de afuera sabía eso, pero desconocía que cuando tus familiares fallecían su deuda se pasaba a la tuya. Por eso, podías pasarte la vida en D' Tynk sin llegar a saldar la deuda en total. Y es que eso, es lo que pretendían. Que no salieras de ahí porque no les convenía. Aun así, en la 209 y en otra más no se rendían por pura cabezonería e intentaban encontrar algo valioso. Algo incalculable.

En el pasado, pescadores lo lograron, ¿Por qué no iba a suceder de nuevo?

Si llegaba al final del día y tu equipo no lo lograbas completar lo exigido de forma individual se te ponía una multa de quince kilos al día siguiente a todos. Aunque existía otro tipo de trabajo más peligroso y mejor pagado que era entrar en las zonas verdes y encontrar lo que los de arriba anhelaban más que el oro: mapas y diarios de los antiguos piratas y artilugios con tecnologías que se habían perdido en las continuas guerras pasadas. Lo que traducía de este modo: cualquier cosa que ayudaría a entender el Viejo Mundo y las cosas que lo conformaban. Los pescadores

de élite tenían un permiso especial para ir a cualquier mar que les diera la gana. Dispuestos a hallar los objetos que se decían que no existían. Ellos decidían trabajar para los Unificados o con la Corona.

Miró su reloj heredado. Calculó unos tres minutos cuando salió la superficie. Su peor marca. Se consoló pensando que es porque estaba muy alterado. Vio como Tay ayudaba a Finch a cargar una pesada caja fuerte en la red que no podían abrir a la fuerza. Koi accionó la manivela haciendo anotaciones sobre las posibles localizaciones de objetos importantes en su diario. Él no solía cavar ni nadar de un lado a otro, como ellos. Lo que hacía era flotar lentamente en el cuadrante, pensativo. Por eso siempre tenía problemas para llegar a la cuota y ellos tenían que ayudarlo.

Pat lo encontraba injusto hasta que comprendió que con sus deducciones podía encontrar cosas muy interesantes. Gracias a sus infinitos conocimientos de la Historia General había sido de gran ayuda para el grupo. Finch bromeaba diciendo que no tenía mérito ya que seguro Koi era una reencarnación de un pirata. Si había alguien que pudiera conseguir el mapa de la Alianza, la arma del Curtidor, el diario de Valerian, que no fuera un pescador profesional sería sin duda él.

Helena se frotó las manos.

—Ha llegado mi momento.

Mientras Helena descifraba la combinación los chicos la miraban ansiosos. A pesar de pescar en zonas amarillas existían documentos importantes y una serie de objetos históricos robados por los piratas que les quitaría de golpe la cuota diaria o mejor aún: ser libres para marcharse de D' Tynk.

—Helena, amor de mis entrañas. Dame la localización de la alabarda imperia.

Koi juntó las manos a modo de plegaria.

—Helena, dama curtida de estos mares. Dame diarios de la dinastía Cataria.

Los miró divertida e hizo un gesto para que aguardaran silencio. Pat vio como los demás pescadores se zambullían y volvían con pequeños baúles. La barca doscientos tres continuaba vacía a su lado. Era mejor continuar trabajando para no perder el tiempo pero la curiosidad de que Helena descubriera que la caja fuerte aguardara la promesa de no trabajar nunca más en sus vidas en Tinta era demasiado atrayente. Los cuatro chicos estaban impacientes. Tras unos minutos, pudo abrirla.

Todos hicieron un gesto de dolor y se lanzaron hacia Tay; que los sostenía con sus brazos largos mientras calmaba sus pataletas.

Helena siempre decía que cuanto más fácil era abrir una caja fuerte, menor era el valor de lo que guardaba. Metió su mano y sacó una pila de papeles e instrumentos marítimos hechos de oro.

Koi analizó por encima los papeles. Suspiró con desaliento.

—Tienen algo del valor aunque no tanto para dejar este trabajo. Calculo que unos cinco kilos menos.

Finch crujió los nudillos.

—Tanto da. Hoy tengo la sensación de que encontraremos algo peligrosamente valioso.

Iban a reanudar su trabajo cuando atisbaron una barca a motor que iba en su dirección.

Helena silbó, sentándose en la caja fuerte.

—Los nuevos.

Se equivocó. En la barca solo estaba un funcionario del Barco Central y una chica con el pelo dorado con un corte peculiar por la barbilla. El pelo estaba sujeto con cintas rosadas. Parecía escuchar con paciencia lo que le decía el funcionario. Al llegar, los saludó con timidez con una mano enguantada.

Abrazaba su uniforme verde con desgana. El funcionario le entregó una copia del reglamento, otro del catálogo y el mapa del cuadrante antes de irse. La chica miró con curiosidad los papeles como si nunca los hubiera visto en su vida. El guarda le preguntó si tenía alguna pregunta y ella negó. Hizo una inclinación de cabeza y se marchó.

Se quedaron mirando asombrados el color de su uniforme. En las demás barcas ya se estaban corriendo la voz.

Pescadora profesional.

Muchos preferían el anonimato. Era normal no reconocerla. Solo cinco salían a menudo en las portadas de los periódicos a modo de propaganda para reclutar. Los Unificados y la Corona les interesaban que los demás estuvieran en las sombras bajo sus órdenes.

Pero ella era muy diferente de lo que se exigía del codiciado trabajo. Pálida, sin vida. El sol nunca se atrevió a tocarla. Y encima sus brazos,

flacuchos. No había ningún músculo desarrollado por transportar cajas o baúles. Su rostro no estaba endurecido por aquel estilo de vida, era ovalada y sonrosada. Pat, siendo menor que ella tenía más arrugas en los ojos y en la frente.

Arrugó más la frente y echó su cabeza hacia atrás con desconfianza. Y es que parecía un objeto falsificado.

Helena saltó a su plataforma tras recorrer los metros de cadena en perfecto equilibrio y extendió su mano para estrechar la suya.

—Bienvenida a D' Tink, me llamo Helena.

La chica la miró con una gran sonrisa los brazos musculosos, como si pensara lo mismo que Pat y aceptó su mano. Los chicos imitaron el gesto de su compañera y se presentaron pero sin saltar a su plataforma.

Se señaló a sí misma con con una gran sonrisa.

—Ana —su sonrisa mostró unos dientes pequeños y alineados —. Encantada.

Pat, al verla con más atención, se dio cuenta que sus ojos marrones desprendía un brillo burlón acompañada de una sonrisa con cierta malicia; como si se estuviera aguantando una risotada a duras penas. Se oían rumores de la soberbia de los de la élite y parecía que era infundados.

A Pat no le gustó de inmediato. Miró a los demás pero ellos no parecían tener una opinión ya hecha. Solo Tay no tenía la sonrisa amistosa de los demás sino que tenía el rostro contraído.

Pat se alivió del no ser el único que notaba que algo no encajaba.

Helena que ya se había hecho amiga del alma de la desconocida. Le cogió de la mano y le ponía al día sobre cómo era la vida en aquel lugar. Los chicos se quedaron anonadados ante el entusiasmo impropio de Helena de socializar.

«Es muy aburrido trabajar sin otra chica.» pensó Pat.

—Es obvio que eres de la élite pero los de arriba se han pasado esta vez. Incluso el mejor de vosotros necesita la ayuda de compañeros para completar los encargos.

Ana se rio, despreocupada.

—Ya estoy acostumbrada. Es mejor que comience cuanto antes.

Se despidió de Helena con alegría y se puso el uniforme verde. Colgó la lámpara en la mochila y se zambulló en el mar sin perder el tiempo en ser sociable.

Finch se rascó la barbilla.

—Me pregunto que le pedirían que encontrara.

Koi echó un vistazo a su inseparable catalogo.

—Algo que puede conseguir ella sola. Cartas o diarios del Quinceno. Lo más seguro.

Se sumergieron de nuevo y la encontraron en el límite de las banderillas amarillas. Su pelo flotaba , ocultándole el rostro. Tras unos minutos de pie con la lampara en mano, decidió adentrarse a la zona verde y el grupo se quedó mirando un rato donde había desaparecido. Luego reanudaron su labor. Continuaron así hasta que el sol ya estaba al borde del horizonte.

Fue un pésimo día. Pat apenas podía impulsarse para subir la barca y su hermano tuvo que izarlo por el cuello del uniforme. Un día especialmente duro. Apenas consiguió unos veinte y cinco kilos y Tay le ayudó a completar su jornada sin ningún gesto de reproche.

Eso le dolía más que nada. Siempre tenía que esforzarse para que no tuviera penalizaciones. Por eso, estaba más cansado que todos pero él lo disimulaba. Pat le hacía sentirse culpable. Su debilidad era imperdonable en un sitio como ese.

Deprisa. Con ansiedad oteó ese mar como si pudiera sacar con la mente algo valioso. Deprisa.

Koi era el que menos resistencia pulmonar tenía y por eso tenía que hacer más descansos. Lo encontraron como otras veces intentando que sus pulmones se recuperaran un poco.

Finch era el encargado de preparar ese día la comida que consistían en tortas de maíz y carne recubierta de frutos secos. Todos se lo comieron con ganas.

Helena miró con interés al mar más oscuro todavía.

—Koi ¿Viste a Ana por casualidad?

Antes de que le respondiera, le limpió la boca a Pat que protestó. Aunque al segundo hizo un amago de sonrisa al sentirse perdonado por Helena.

Tenía miedo de que lo odiara para siempre por la discusión de antes.

—Sí, pero fue hace más de media hora —sonrió con maldad a Tay que se hacía crujir el cuello—. Alguien ha sido derrotado con una facilidad aplastante.

Incluso Pat no podía evitar soltar un silbido de admiración. Eso era lo que se esperaba de un pescador de elite promedio. Tal vez no tenía fuerza física pero su resistencia pulmonar era destacable.

—A lo mejor está muerta. Así que por ahora, mi marca no ha sido superada.

Todos rieron de su orgullo herido y continuaron molestándolo hasta que Ana reapareció cuando los últimos rayos del sol los abandonaba.

Finch revisó el reloj de Pat.

—¡Treinta y cinco minutos, por los mares! Sirena de mis sueños, dale una paliza a mi amigo. Le dolerá menos.

Ana ni siquiera pareció escucharlo, tenía el rostro aun más pálido. Sus manos no llevaban nada y temblaban. Helena saltó con una gran zancada hacia su plataforma. Alarmada, la revisó de arriba a abajo y después de unos segundos miró hacia atrás, mordiéndose los labios.

— ¿Qué ocurre?

Ana retrocedió un par de pasos. Casi agazapándose, con el pelo mojado enredado alrededor del rostro, sin las cintas que las sujetaba. Tenía un moratón morado en la mejilla derecha.

— Hoy no tuve mucha suerte.

Tay saltó a la plataforma también.

—Estás herida.

Era verdad, Pat tuvo que esforzarse para ver en la oscuridad la sangre de sus manos. Tenía profundas heridas en las palmas como si se hubiera cortado con algo afilado.

— ¿Qué te pasó?

Ana respondió aunque parecía conversar con ella misma.

—No debería haberse movido de aquel sitio, ¿Alguien?...no, ¿no? Y sin embargo —su rostro desconcertado se transformó en una mirada dulce

que irradiaba una felicidad absoluta —. Perfecto.

El grupo la miró con extrañeza. Solo Tay permaneció inalterable y se encargó de sus heridas. Los guardas se encargaban de dejarles un maletín básico sanitario con vendajes y ungüentos para que las heridas no se infectaran. Aunque no servían de mucho para heridas profundas. Era habitual los accidentes durante el trabajo pero Pat nunca había visto unas heridas como aquella. Tenía el uniforme desgarrado y había perdido la mochila y la lámpara. En vez de nadar daba la sensación que había librado una pelea a muerte.

Finch señaló el mar.

—Si ahora mismo me dices que has peleado con otra sirena me lo creo.

—O con un pez espada.

Al oír aquello, Ana lanzó una carcajada salvaje que hizo que los demás dieran un respingo.

—Casi. Un pez sable.

Recuperó el color en el rostro y sus mejillas comenzaron a sonrojarse.

Tay le aplicó una crema para evitar infecciones y la vendó con profesionalidad, acostumbrando de atender las heridas de compañeros tan descuidados. Ana se lo agradeció pero no quería oír hablar sobre llamar a los guardas. En el Barco Central era donde se atendían los accidentes más graves. Y te dejaban más pobre de lo que eras.

Después se marcharon en la barca de Hortracio para ir al Barco Central y fichar para hacer el recuento del peso individual. Otro guarda llevó a Ana a la orilla a petición suya.

Los pescadores de élite podían dormir en la Barca Central pero Ana por un motivo que desconocía, quiso ir a fisgonear por D' Tink.

Pat se quedó mirando la barca negra ahora reducida a cenizas. Unos guardas hablaban con la familia Clerein después de su larga jornada para acompañarlos y esparcir las cenizas en el límite de D' Tink donde el agua era más clara.

Las hijas pequeñas de los Clerein se aferraba silenciosas, a las piernas de sus padres.

Tras la llegada a la orilla interrogaron a Ana sobre su trabajo.

— ¿Es verdad que tenéis permiso para viajar por todos los mares?
¿Incluso a Mares Tormentosos?

Ana sonrió a Finch y él fingió un ataque al corazón.

Pat puso los ojos en blanco, todos sabían eso. Se dio cuenta que ninguna sonrisa era igual que la anterior como si fuera diferentes personas dentro un solo cuerpo. Y cada una peor que la anterior.

—Eso parece.

Continuaron haciéndole preguntas por estilo y Pat se dio que no estaba muy interesada en contestarlas ni de fingir que se sabía las respuestas bien. Respondía arrastrando las palabras, atropellándose a cada rato al hablar como si ella misma no se creyera lo que decía. Cuando soltó una estupidez como que los pescadores de la élite podían matar a otro por un tesoro sin recibir ningún castigo, Pat apuñaló a su hermano con los ojos. Tay hizo un gesto que hablarían luego.

Helena la invitó a hacer una hoguera en la playa. Como muchos otros pescadores jóvenes al terminar la faena. Ana accedió encantada. Los demás se despidieron y retomaron el camino a casa.

Koi suspiró y los demás chicos lo imitaron.

— ¿Una unificada? ¿O sacerdotisa?

Finch se rio a carcajadas.

—Muy fácil. Algo peor.

Pat los miró asombrados, se adelantó para mirarlos a todos.

— ¿Os habéis dado cuenta desde el principio?

Finch sacó una moneda del bolsillo de la camisa y la tiró al cielo, cuando intentó capturarla se le cayó a la arena. Entre maldiciones, la recogió.

—Claro, niño. Al menos nosotros sabemos disimular. No como cierto enano que faltaba que la acusaras en pleno mar.

Pat se ofendió pero decidió dejarlo pasar.

— ¿Y Helena?

—Vamos Pat, nos decepcionas. Te crees más listo que todos los presentes. La invitó para ver si le podía sacarle algo. Creo que estamos todos de acuerdo de que los mayores perjudicados de su presencia somos los

pescadores.

Una brisa hizo que la camisa se le levantara. El mar quieto y muerto lo perseguía por donde mirara. Y la noche, como todas en aquel lugar, era oscura y sin estrellas. Si no fuera por el Barco Central que brillaba como cientos de ojos diminutos, todo estaría sumido en las tinieblas. Las luces de los farolillos del poblado no eran suficientes para enfrentarse solas ante ese mal que asechaba en todos los rincones.

Pat odiaba el Barco Central pero sabía que sin él, si ese barco dejaba emitir sus luces brillantes y artificiales nadie podría encontrar D' Tink. Quedarían olvidados para siempre. Más que de costumbre.

Miraron a Tay, que continuaba observando las sombras siniestras de los molinos. Tenía las manos metidas en los bolsillos delanteros del pantalón. Su rostro alzado en la penumbra, lejos de ellos y de la realidad. La expresión de su cara era de completo cansancio.

Pat vio con pena sus ojeras tan profundas como moradas. Cuando era más pequeño pensó que si pasaba un dedo y lo restregaba debajo de sus ojos podía borrarlas.

Que sería tan simple como eso. Que con un solo gesto podía borrar...

— ¿Qué opinas, Tay?

—Somos simples pescadores. Lo que quiere es algo dentro del mar. Tan importante que no le importó sus heridas.

— ¿Piensas que se lo hizo un animal?

La pregunta desapareció en el aire. La respuesta era evidente. Ningún ser vivo y menos un mísero pez podía vivir en aquel lugar. Y hacía muchos tiempo que ningún monstruo marino se había avistado en ese mundo después de la Guerra Impuesta.

Tay frunció los labios. Frenando una sonrisa desganada.

—Cortes de un ¿cuchillo? Le llegaba hasta el hueso y apenas le importó. Sus heridas se cerraron solas. Ahora me parecen creíbles las historias de ciertos baúles de piratas malditos que se necesita sangre para poder abrirlos. —no pudo contener un bostezo.

Pat también bostezó.

Las palabras eran casuales, pero Koi y Finch se tensaron y se miraron

entre ellos con preocupación.

Pat quiso que dejaran aquella conversación. Se estaba dirigiendo a una dirección que no le gustó nada. Las historias de objetos malditos solo eran para contarlas en la hoguera para entretenerse y asustar a los cobardes.

—Lo que dices es escandaloso, ¿cómo se le van a cerrar las heridas? ¿Insinúas que es una mez'yeem? Nunca se ha visto uno por aquí.

Koi arqueó una ceja.

—Normal, están extintos.

—Que tú libros lo digan no quieren decir que sea una verdad absoluta —dijo Finch con una extraña seriedad—. Tanto como unificados e imperialistas les conviene que la gente los vaya olvidando. Llegará un futuro en que se creará que solo pertenecían a la mitología.

Tay sonrió de lado.

—Ahí es dónde parten todas las verdades que asustan.

Koi refunfuñó. No dio su brazo a torcer.

—Tiene que ser una sacerdotisa. No concibo otra verdad que esa. Por mí, que los descendientes mezyeem se queden en los cuentos donde deben estar.

Tay era el único que no estaba muy interesado en la identidad de la chica. Se encogió de hombros.

—No intentó ocultar aquel "truco de magia" mientras le ponía los vendajes. La visteis, estaba casi hipnotizada por lo que vino a encontrar.

—Vamos, que los de arriba tienen a gente bastante peculiar en sus filas. Tal vez sea la nueva mascota después de la "jubilación" de D' evore. Supongo que algunos rumores si tienen algo de cierto. Inspiramos tanto miedo como una gota de mar. Si no se preocupa por ser tan descuidada significa que es intocable.

Koi hizo una mueca

—Si tenemos suerte lo conseguirá y nos dejarán en paz sus jefes.

— ¿Y si las cosas van mal?

— Esperemos que este mar siga siendo imparcial para elegir a sus

victimas.

Continuaron hablando sobre teorías y posibles motivos de la visita de la chica que decía que se llamaba Ana. Pat no entendía por qué era tan preocupante que estuviera ahí. Tiró de la camisa de Tay y él inclinó un poco la cabeza en su dirección.

— ¿Por qué es tan malo que venga aquí?

Koi se adelantó antes de que abriera la boca.

—En el Barco Central hay rumores de que los pueblos endeudados están siendo vigilados más de costumbre. Se comenta que en algunas zonas ya están yendo de forma semanal. Oí que sobretodo en Lantderry. Como un asedio. Están esperando que suceda algo. Y no creo que nos beneficie a los pescadores.

Pat abrió los ojos con sorpresa. El pueblo endeudado donde se crió Jerald D' evore.

Murmuró una despedida y se fue a la choza que llamaba hogar.

A llegar a casa descubrió con estupefacción que Catrina se encontraba en la entrada mirando el mar con una expresión vacía y fumando lo que parecía su décimo cigarro. Pat nunca la veía dormir y menos aun cerca de su casa. Siempre estaba haciendo algo, distrayéndose.

Supuso que nadie se puede recuperar de la muerte de su hija. Pat pensó en su madre, aun podía recordar su rostro, aunque Tay no le creía mucho porque, siendo el mayor; no la recordaba para nada.

A veces lo visitaba en sueños a pesar de que el rostro era borroso y su voz al hablar le llegaba como un eco lejano. Era muy extraño aquellos sueños, porque era como si el tiempo se moldeaba y rasgaba a su antojo. En esos sueños, Pat intentaba contarles cosas interesantes que les había pasado a pesar de que la mayoría se las inventaba porque quería hacerla reír. Dejó de decírselo a Tay porque siempre dejaba de hablarle durante un día entero.

También era duro perder a una madre.

Pat hizo un gesto de saludo rígido y se apresuró a escalar hacia el techo. Tay construyó esa especie de azotea después de morir su madre para poder dormir ahí. La 209 les ayudaron en las pocas horas libres que tenían. Les ofrecieron sus casas pero Tay se negó porque no quería darle el gusto a Catrina.

Subió con esfuerzo. De pequeño recordaba como hablaba hasta secarse la garganta con Catrina, cuando sus padres estaban vivos. Como mantenían conversaciones largas sobre leyendas y cuentos.

Era severa, poco dada a las frivolidades de los jóvenes pero con su madre siempre se le suavizaba el rostro cuando le hablaba de cualquier cosa.

Después de lo sucedido, Pat olvidó como hablar con ella. Como si hablaran diferentes idiomas. Intentaban encontrar una excusa para conversar sobre algo pero lo único que se le ocurría era del trabajo y eso era tan deprimente como aburrido. Catrina se había vuelto una desconocida tan peligrosa como la tal Ana.

Y el suceso. Su hermano y Catrina no podía estar en la misma habitación sin que los dos perdieran la cabeza. Pat ya la había perdonado, ¿Por qué él no podía hacer lo mismo? Era la única familia que les quedaba. Le prohibió que no se acercara a Catrina si él no estaba presente. Su rostro en aquella ocasión era tan terrible que no tuvo más remedio que aceptar a regañadientes. Intentó quitarle importancia y Tay lloró. Y Pat era el que siempre lloraba mientras Tay lo calmaba entre sus brazos.

En esa ocasión, fue al revés.

—No la perdones. Por lo que más quieras, no perdones lo que te hizo.

Pasaron unas horas hasta que se recostó a su lado. Catrina se había marchado mucho antes. Tardó mucho tiempo y a pesar de estar tan cansado, Pat continuaba con los ojos abiertos.

Si su hermano no estaba a su lado era incapaz de conciliar el sueño. Como si los dos se protegieran mutuamente cuando estaban así de indefensos.

Tay de improvisto le quitó la manta a Pat. Se volteó sosteniendo su cabeza con el gigante dorso de la mano cobriza.

—Sé que estás pensando.

Pat sentía sus huesos desgastados y los músculos atrofiados de tanto trabajar. Por primera vez en su vida, sintió que el tiempo se le acababa. El peso de tener la conciencia del tiempo que transcurría con rapidez, lo destrozaba. La sensación de que malgastaba su vida en aquel miserable lugar. Los días ordinarios sin ningún tipo de cambio, tan mortíferos. Se sentía un anciano de once años. Su pequeño mundo se estaba desmoronando a su alrededor, lo notaba. Lo presentía. Pensaba todas estas cosas y otras miles más.

— ¿Ah, sí?

—Le has dado un significado a tu sueño.

Pat le dio la espalda.

— Los sueños son estúpidos. Viviremos muchos años. Y tú más que yo.
Los hijos del mar...

—Mueren dos veces.